



ROGER
LANCELYN
GREEN


EL LIBRO
DE LOS
DRAGONES

Siruela

ROGER LANCELYN GREEN (ed.)

EL LIBRO DE LOS DRAGONES

Traducción del inglés de
Julio Hermoso

 Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: febrero de 2021

Título original: A Book of Dragons
En cubierta: ilustración de © Carlos Arrojo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
Original English language edition first published
by Penguin Books Ltd, London
© Roger Lancelyn Green, 1974
The author has asserted his moral rights
All rights reserved
© De la traducción, Julio Hermoso
© Ediciones Siruela, S. A., 2021

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18436-91-8

Conversión a formato digital: María Beloso

Índice

Introducción

I DRAGONES DE LA EDAD ANTIGUA

Jasón y el dragón de la Cólquide

El canto de Orfeo para embelesar al dragón, según la versión de ANDREW LANG

El muchacho y el dragón

El dragón de Macedonia

El zorro y el dragón

El dragón y el campesino

El huevo del dragón

Dragones y elefantes

II DRAGONES DEL MEDIEVO

Sigfrido, el matadragones

Beowulf y el dragón

Ragnar, sus calzas peludas y los dragones

Una de las aventuras de Digenís, el guardián de la frontera

El dragón rojo de Gales

El caballero Tristán en Irlanda

El caballero Lanzarote y el dragón, de *sir* THOMAS MALORY

San Jorge y el dragón

La función de los pantomimos

El dragón del caballero Juan de Mandeville, de JUAN DE OUTREMEUSE

Los dragones de Rodas, Lucerna y Somerset

III DRAGONES DEL FOLCLORE TRADICIONAL

El reptil repugnante, según JOSEPH JACOBS

El reptil de los Lambton, según JOSEPH JACOBS

El muchacho y su novillo, según JOSEPH JACOBS

El dragón y su abuela, según la versión de MAY SELLAR

El dragón del norte

Maese Ratero y el dragón

Stan Bolovan y el dragón

El príncipe y el dragón

El gallo y el dragón

Los dragones chinos

IV DRAGONES DE TIEMPOS MÁS RECIENTES

El caballero de la Cruz Roja y el dragón, de EDMUND SPENSER

El pastor de las Montañas Gigantes, de M. B. SMEDLEY, un relato inspirado en Fouqué

El Galimatazo, de LEWIS CARROLL

La dama Dragonisa, de ANDREW LANG

El dragón de fuego, de EDITH NESBIT

El dragón en el escondite, de G. K. CHESTERTON

Conrad y el dragón, de L. P. HARTLEY

El tesoro, de J. R. R. TOLKIEN

Habla el dragón, de C. S. LEWIS

Epílogo, de san Juan

Notas sobre las fuentes

Agradecimientos

Cita

*Un lago, una barca encantada
y navegar bajo el claro de luna,
felices en aguas de esta laguna
¡huimos de dragones y de sus miradas!*

THOMAS HOOD

Dedicatoria

Dedicado a J. R. R. Tolkien

Hablábamos sobre dragones, Tolkien y yo, en un bar de Berkshire. El jornalero grandullón, sentado en silencio y fumando de su pipa toda la noche, con un brillo en los ojos, alzó la mirada desde su jarra vacía: «¡Yo los he visto!», dijo con fiereza.

C. S. LEWIS

Introducción

¿Qué es un dragón? Esta era la pregunta que solían plantearme hace muchos años, en aquel breve periodo en que estuve dando clases de primaria durante la guerra, cuando contaba las historias de Beowulf, de Sigfrido o los argonautas, y como respuesta se me ocurrió inventarme un pequeño relato.

«En los días remotos y gloriosos, bienamados tiempos aquellos», no había zoos a los que pudiese acudir quien deseara ver qué aspecto tenían los animales de otras tierras. Tampoco había fotografías, y a los viajeros que habían visto leones, tigres y cocodrilos con sus propios ojos tampoco se les solía dar muy bien el dibujo. Ellos describían el aspecto que tenía un leopardo, por ejemplo, y entonces llegaba un artista y dibujaba tres leopardos para el estandarte de la corona; y los pintores que hacían los carteles de las posadas y las tabernas intentaban volver a convertir aquellos seres heráldicos en animales que resultaran naturales, pero sus leopardos tenían mucha más pinta de gatos, y el gesto del rugido feroz del leopardo se tomaba muy fácilmente por una sonrisa..., al menos en Chesire, sin la menor duda (y a buen seguro en Brimstage, cerca de mi casa, donde hay una talla medieval de la cabeza de un gato con una evidente sonrisa que, tal vez, pretendiera ser un leopardo rugiendo).

Pues bien, un viajero regresaba a casa desde Oriente y empezaba a contar historias sobre lo que había visto. «Vi una gran criatura, como un gato salvaje, pero cien veces más grande. Tenía enormes garras blancas lo bastante afiladas como para despedazarte, grandes ojos como si estuvieran en llamas, y dientes largos y afilados. Ahora bien, oí hablar de una criatura con unos dientes mucho peores: vivía en una caverna junto al Nilo, y era como un lagarto, pero no menos de doscientas veces más grande. Tenía unas fauces inmensas, de varios metros, capaces de levantar la mandíbula superior tanto como para poder tragarse a un hombre, aunque no le hacía falta, porque sus dientes estaban afilados como una sierra en la mandíbula superior y en la inferior [...]. Y conocí a un hombre que me habló de unas serpientes de la India de quince metros de largo capaces de tragarse un buey de un bocado: decía que estaban cubiertas de escamas, aunque no tan duras como las del cocodrilo de Egipto [...]. Y algunas serpientes se pueden quedar mirando a un pájaro —o a un hombre, me imagino— y cautivarlo para que no solo no pueda huir, sino que se acerque a ellas tranquilamente, igual que hacen las víboras en nuestro país con algunos pájaros, que los dejan fascinados, o como los armiños cazan conejos [...]. Ah, y dicen que hay serpientes que echan una ponzoña por la boca, tan venenosa que quema como un fuego líquido [...]. Y cuentan de algunas aves de aquellas tierras lejanas que son lo bastante grandes y fuertes como para llevarse a una oveja adulta por los aires: he oído decir que pueden incluso con una vaca [...]. Algunos cuentan que hay aves con el pico de un águila y el cuerpo de un león: a estos los llaman “grifos”. Yo nunca he visto uno, pero un caballero cruzado al que conocí había visto su figura esculpida en unas tallas en Grecia, y eran enormes».

La gente que tan solo ha oído una descripción como esta de leones, cocodrilos, serpientes pitón, cobras, águilas, así como de las esfinges y los grifos tallados del tesoro de Naxos en Delfos no consigue hacerse una idea muy clara del auténtico aspecto que tenían todas estas criaturas. Y bien pudo ser que algunos de ellos se hicieran un lío cuando quisieron contar lo que habían oído:

Conozco a un hombre que peregrinó a Jerusalén y vio las criaturas más asombrosas de Oriente. Había una como un león, pero con alas, y otra como una serpiente enorme, pero con grandes fauces armadas de dientes, tanto que se podía comer un buey o arrancarle una pierna a un hombre en un instante. Y una de ellas, no recuerdo cuál, tenía un aliento tan venenoso que quemaba como el fuego.

Y entonces, uno de los que le habían oído contar aquello (tal vez al despertarse a la mañana siguiente con resaca por el exceso de hidromiel o de malvasía) intentaría acordarse del relato de aquel hombre al que había conocido la noche anterior y que sabía tantas historias y tan fascinantes sobre las criaturas de Oriente: «A ver, ¿cómo era aquel monstruo? Tenía las patas y las garras de un león, la boca llena de unos dientes brutales, el cuerpo muy grande cubierto de escamas, alas enormes y una larga cola como la de una serpiente. Ah, sí, ¿y no dijo también que exhalaba fuego?».

Entonces iría a contarle todo esto a un amigo que se había formado en un monasterio o que había sido un «erudito de Oxford», que exclamaría con aire de lástima: «Pero bueno, mi querido amigo, si eso es un dragón. Puedes leerlo todo sobre ellos en la *Historia natural* de Plinio o en la *Naturaleza de los animales* de Eliano. Y hubo santos que mataron dragones, como Felipe, que mató a un dragón en Hierápolis, además de san Jorge, por supuesto...».

Y no cabe duda de que en los hogares más pobres la gente contaría constantemente las historias tradicionales sobre los dragones, y en los grandes salones y castillos entonarían tal vez trovas y recitarían romanceros sobre el reptil de los Lambton o sobre san Jorge y el dragón; sobre el caballero Tristán y el dragón irlandés, o sobre el dragón del caballero Lanzarote, por no hablar de las historias de otros santos aparte de san Jorge que mataron dragones valiéndose de medios más milagrosos que él.

Y, por último, si los estudiosos más sesudos se mostraban incrédulos al respecto de los dragones, ¿qué pasaba entonces con aquellos huesos fosilizados que aparecían cada dos por tres en las cuevas? Ciertamente es que en aquellos tiempos nadie sabía nada sobre los dinosaurios, los pterodáctilos y el diplodocus... Y así, la gente creyó en los dragones hasta hace unos trescientos años, y llegados los días en que su existencia real dejó de tenerse por algo aceptado, estos seres ya se habían abierto paso en los poemas..., y no tardarían en regresar a través del mundo de la ficción y la novela.

En este libro sobre los dragones he intentado recopilar tantas historias como fuese posible de entre las más remotas, extraídas de la Grecia y la Roma de la Antigüedad, de la Islandia y la Dinamarca de las Sagas, de Bizancio, de los romanceros medievales, de los cuentos populares y los cuentos de hadas de muchas tierras, para seguir con los relatos literarios, de la mano de Spenser, pasando por E. Nesbit, hasta llegar a Tolkien y Lewis.

No obstante, hay muchas más historias de dragones escritas en tiempos más modernos y que podemos leer, y no solo relatos cortos —E. Nesbit escribió todo un *Libro de dragones* del que solo he incluido uno aquí—, sino también

obras más extensas que estropearíamos si les arrancáramos sus dragones para ofrecerlos por separado.

Tenemos *El dragón perezoso* de Kenneth Grahame, el más famoso de los dragones modernos, cuya historia era demasiado larga para incluirla en este libro. Pero es muy fácil encontrarla en muchas ediciones de cuentos modernos, o en su ubicación original en *Días de ensueño*.

Y también tenemos el formidable combate entre el dragón de fuego y el dragón de hielo en *El príncipe Prigio* de Andrew Lang; o el relato de *Egidio, el granjero de Ham* de Tolkien, que trata en gran medida sobre un dragón, o también su magnífico Smaug, el dragón del norte, en *El hobbit*; o ese dragón mío que goza de un importante protagonismo en *El maravilloso desconocido*. Y tenemos el inesperado dragón de *La travesía del Viajero del Alba* de C. S. Lewis, al que tendrá que ir a conocer a su propia cueva todo aquel que sienta interés por los dragones...

Cabe al menos esperar que —después de leer este libro— ninguno seáis como el Eustace del cuento de Lewis antes de sus experiencias con el dragón:

Edmund, Lucy o tú lo habrías reconocido al instante, pero Eustace no había leído ninguno de los libros apropiados. Lo que asomó de la cueva era algo que jamás se había imaginado siquiera: un hocico largo del color del plomo, unos ojos rojizos y apagados; sin plumas ni pelo, un cuerpo largo y ágil que iba dejando un surco en el suelo, las patas con unos codos que le sobrepasaban la altura del lomo, como las de una araña, unas garras brutales, las alas de un murciélago que raspaban ruidosas contra las piedras, metros de cola. Y dos hileras de humo que surgían de los orificios nasales. En ningún momento se dijo para sí la palabra «dragón».

PRIMERA PARTE

**DRAGONES
DE LA EDAD ANTIGUA**

Jasón y el dragón de la Cólquide

Hace mucho tiempo, vivió en las bellas tierras de Grecia un príncipe llamado Jasón. Con el fin de recuperar el trono de su padre en el reino de Yolco, aquel príncipe partió en busca del vellocino de oro y surcó las aguas de mares desconocidos a bordo de la nave Argo con muchos de los jóvenes príncipes y héroes griegos por compañeros.

Tras numerosas aventuras, Jasón y los argonautas llegaron al Fasis, el río rojo que descendía del Cáucaso para desembocar en el mar Negro, y llegaba hasta la ciudad de la Cólquide, donde reinaba Aetes el Mago.

El vellocino de oro colgaba de un gran árbol en un bosquecillo rodeado de un alto muro a la espalda del palacio, y en aquel árbol se enroscaba un inmenso dragón que nunca dormía.

El rey Aetes saludó con cortesía a Jasón y a sus compañeros y los recibió en el palacio, pero cuando Jasón le contó cuál era el motivo de su llegada, Aetes sonrió con un gesto sombrío y le dijo:

—Siempre supe que algún día vendrían los griegos en busca del vellocino de oro, puesto que en verdad llegó a nosotros desde Grecia en los tiempos de mi padre... Sí, te puedes llevar el vellocino de oro si es que los dioses así lo desean... Y para poner a prueba si eres o no el elegido que se lo ha de llevar, tendrás que uncir mis toros al arado, sembrar las semillas que yo te daré y recoger la cosecha

que de inmediato crecerá del terrazgo. Lo harás todo mañana. Esta noche celebraremos un banquete.

Al oír esto, Jasón se quedó muy preocupado, ya que los dos toros de pezuñas de bronce que tenía el rey Aetes exhalaban un aliento de fuego, y Jasón había oído que las semillas que tendría que sembrar eran dientes de dragón, que darían una cosecha de hombres armados.

Sin embargo, los dioses de los griegos estaban de su lado, y en particular lo estaba Afrodita, la diosa del amor, que vertió su magia sobre Medea, la hija del rey Aetes, de tal modo que la joven y tenebrosa hechicera se enamoró tan perdidamente de Jasón que no hubo nada en el mundo que le importara más que hacerlo su esposo.

Y así, cuando terminó el banquete, vino Medea silenciosa en mitad de la noche hasta donde se encontraba Jasón sentado con la cabeza apoyada en las manos, pensando y tramando la manera de someter a los toros... o la manera de robar el vellocino de oro y huir de la Cólquide antes de que rayara el alba.

Alzó la mirada y vio allí de pie a la bella princesa de la Cólquide, de ojos y cabellos oscuros, que lo estaba observando. Y el amor que había en los ojos de ella prendió en él tal deseo que se puso en pie muy despacio y, sin mediar palabra, extendió los brazos hacia la joven.

Pasados unos instantes, Medea lo apartó de sí y le dijo:

—Príncipe Jasón, por el amor que siento por ti, te ayudaré a uncir los toros de pezuñas de bronce, a sembrar el surco mortal con los dientes de dragón y a recoger la cosecha que crecerá del terrazgo. Por amor a ti te mostraré la manera de llevarte el vellocino de oro de la arboleda de Hécate y la forma de escapar con él lejos de mi padre, que conspira para matarte. Pero, antes de esto y antes de traicionar a mi padre y a mi pueblo, por el juramento más

sagrado que conozcan los hombres de Grecia, dame tu palabra de que me llevarás contigo en tu huida, me harás tu esposa y me sentarás a tu lado en el trono de Yolco cuando el Argo arribe por fin de vuelta a las rocosas pendientes del Pelión.

Entonces Jasón juró que se casaría con ella y se obligó por el juramento de la Estigia, la laguna de los muertos, que compromete incluso a los mismísimos dioses.

Después de esto, Medea se dirigió al templo de Hécate, diosa de la hechicería, de la cual ella era la suma sacerdotisa, y allí preparó un unguento mágico que hizo con el jugo de una flor roja que crecía en lo alto de las laderas del Cáucaso y que procedía de la sangre de Prometeo, el titán que yacía encadenado en la cima de la montaña. Ahora bien, Prometeo era inmortal y descendía de la estirpe de los dioses, de manera que por sus venas corría el icor divino —la sangre de los dioses—, que no se seca ni se ennegrece, como sí hace la sangre, sino que vive y reluce para siempre fresco y carmesí.

Con el primer arrebol del alba, Medea vino de nuevo en busca de Jasón, lo despertó del sueño, le entregó el unguento mágico y le susurró unas palabras para darle consejo y para prepararlo ante lo que le esperaba.

Cuando se hizo ya el pleno día, llegaron los mensajeros del rey Aetes para llevar a los argonautas al campo donde Jasón había de sembrar los dientes de dragón, y el príncipe griego accedió de buen grado después de haberse ungido el cuerpo entero con el unguento mágico, recordando todo aquello que Medea le había contado.

Cuando liberaron del establo a los toros de pezuñas de bronce, los animales cargaron contra Jasón exhalando fuego por los ollares.

Cuando todos se volvieron, vieron a Jasón calcinado por el fuego, pero las llamas se desviaron de la sangre inmortal de Prometeo, y Jasón sujetó sin problemas a los toros, los unció y no tardó en arrearlos, terrazgo arriba y abajo, por los surcos del suelo húmedo en unas largas franjas de hierba que se volteaban bajo la reja de bronce del arado.

Aetes frunció el ceño en un gesto de furia, y los argonautas jalearon a Jasón cuando terminó de arar y pidió las semillas que había de plantar.

Sin mediar palabra, el rey le entregó un gran yelmo de oro. Con los temblores de su ira, hacía un ruido que parecía una sonaja. Jasón tomó el yelmo y, tras colocárselo bajo el brazo izquierdo como un capazo de grano, recorrió los surcos arriba y abajo esparciendo los dientes de dragón a un lado y a otro como lo haría un campesino.

Al llegar al final del terrazgo, oyó el sonido metálico del golpeo de las armas a su espalda y las voces de advertencia de los argonautas. En cuanto arrojó al suelo el último puñado de dientes de dragón, se dio media vuelta y vio que unos hombres armados surgían de la tierra por todo el campo a su espalda y avanzaban amenazadores hacia él.

Jasón levantó el yelmo de oro sobre su cabeza y lo arrojó entre aquellos hombres terrosos. A una, todos se volvieron los unos contra los otros, y se abalanzaron a golpes y tajos de espada hasta que todos yacieron muertos.

—Y ahora, rey de la Cólquide —exclamó Jasón, acercándose a Aetes con paso decidido—, ¡cumple tu promesa! ¡Entrégame el vellocino de oro y permítenos zarpar en paz!

—¡Te lo daré mañana! —dijo Aetes entre dientes, y con una mirada llena de temor y de odio se dio media vuelta y entró airado en el palacio.

Al caer la noche, Medea acudió de nuevo en busca de Jasón.

—Mi padre planea apoderarse del Argo a primera hora de la mañana y quemarlo hasta reducirlo a cenizas con todos vosotros dentro —dijo ella—. Así que debemos marcharnos esta noche. Avisa a tus hombres para que suban a bordo y estén preparados para zarpar al instante, y tú ven conmigo a la arboleda de Hécate para conseguir el vellocino de oro. Aún tenemos que reducir al dragón que lo protege, pero tal vez tu fuerza y mi magia logren vencerlo.

Jasón dio sus órdenes a los argonautas, que se escabulleron sigilosos hasta el muelle donde aguardaba el Argo, y él se dio media vuelta para seguir a Medea. Sin embargo, Orfeo, uno de los hombres, seguía allí con él y le dijo:

—Permíteme ir contigo, ya que cuento con el poder de la magia en mis cantos y en la música de mi lira.

Así, Medea los llevó por una serie de sendas y de puertas secretas cuya llave ella poseía por ser sacerdotisa de Hécate, hasta que salieron a un bosquecillo de imponentes árboles que tenían unos troncos elevados como si fueran las columnas de un templo más alto de lo que el hombre es capaz de construir.

Allí salió a su encuentro Melanión, el guardián de la arboleda, que llevaba un cabrito para la cena del dragón. Jasón ya había hablado con Melanión, que estaba ansioso por unirse a los argonautas y huir con ellos a Grecia, así que el guardián lo dejó pasar con un gesto de asentimiento.

Avanzaron silenciosos por aquella arboleda grandiosa y oscura, como si fueran sombras, entrando y saliendo de largas franjas de oscuridad y claros de luna, hasta que se aproximaron a la encina gris de la que colgaba el vellocino de oro.

Cuando ya estaban cerca, pareció como si la luz blanquecina de la luna se desvaneciese en el dorado del alba, y se dieron cuenta de que era el propio vellocino, que relucía en lo alto del árbol sobre ellos.

Jasón avanzó decidido hacia él, pero se detuvo de pronto con un grito ahogado y retrocedió, puesto que el gran dragón estaba enroscado en el tronco del árbol con sus escamas verdosas y azuladas, que centelleaban en aquella extraña luz, y en los ojos del dragón llameó una mirada rojiza y furiosa cuando abrió la boca y dejó escapar un extraño sonido, entre un rugido y un siseo.

Melanión dio entonces un paso al frente y soltó el cabrito. Por un instante, la criatura se quedó temblando de miedo, pero, acto seguido, la mirada del dragón lo atrapó y lo retuvo..., lo retuvo y lo atrajo hasta que el cabrito, con un balido agudo y penoso, saltó por sí solo a las propias fauces del dragón.

El cabrito desapareció en un abrir y cerrar de ojos, pero el dragón no bajó la cabeza como solía hacer, ya que había captado el olor de los desconocidos. Comenzó a balancearla de un lado a otro, con los ojos encendidos como si tratara de apoderarse de alguno de ellos igual que había hecho con el cabrito.

—¡Toca y canta! —susurró Medea, y Orfeo se apartó del grupo, rasgó las cuerdas de su lira y comenzó a cantar el himno del sueño que él mismo había compuesto.

Y mientras Orfeo cantaba, la arboleda se fue quedando cada vez más silenciosa: poco a poco, Jasón, Melanión y Medea sintieron que les pesaban los párpados y tuvieron que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para mantenerse despiertos.

El dragón, sin embargo, fue bajando la cabeza muy despacio. La llama se extinguió en su mirada, y comenzó a

cerrar los ojos.

Medea se apresuró entonces y se abalanzó sobre el dragón, le roció la cabeza con unas gotas de una poción mágica y regresó con Jasón.

—Ahora no le resultará fácil despertarse —dijo ella—, pero no intentes hacerle daño. Si tu espada no lo matase al primer golpe, entonces sí se despertaría y no viviríamos para contarlo.

De manera que Jasón avanzó sigiloso y ascendió por la encina pisando sobre las escamas del cuerpo enroscado del propio dragón. Agarró el vellocino de oro, lo arrancó de los clavos que lo sujetaban, descendió veloz por aquella escalera viviente y se alejó por la arboleda, guiado por Medea y seguido de sus dos compañeros, hasta ponerse a salvo en la seguridad que les aguardaba a bordo del Argo.

**El canto de Orfeo
para embelesar al dragón**
según la versión de ANDREW LANG

¡Ven, sueño! ¡Rey de dioses y hombres!
Acude otra vez a mi llamada,
veloz sobre marismas y campos,
sobre los valles y las montañas:
ven y aquieta los mares;
duerme los ríos en picos y cumbres;
a bestias, aves y reptiles;
¡somételos a todos, sueño!
Ven con tus alas doradas,
ven, te canta la golondrina,
¡arrulla a todo ser viviente,
ya corra, ya vuele o repté!
Ven con tu magia plomiza,
acude con tu tacto suave,
calma en la mar o en la tierra
el llanto de los mortales.
Cae desde el oeste nublado,
terso en el pecho y la mente,
haz que el dragón descanse,
¡ven a mí, sueño, y duerme!

El muchacho y el dragón

En los días en que Arcadia era la más remota y la más solitaria de las regiones de Grecia, vivía allí un muchacho llamado Toante cuyo hogar se hallaba en una aldea de apenas dos o tres casas donde habitaban los pastores que sacaban a sus rebaños a pastar por la zona de la falda de las montañas.

A Toante le encantaba caminar a solas entre las rocas y las cuevas de la parte más alta de aquellos montes. Al contrario que sus hermanos y sus amigos, él no se preocupaba por dar caza y matar a las criaturas salvajes de Arcadia, sino que se hacía amigo de ellas: se quedaba sentado durante horas hasta que los mismísimos oseznos bajaban y restregaban la cabeza contra él.

Un día en que ascendió más alto de lo habitual, llegó a una majestuosa cornisa de roca al pie de un cortado que llegaba aún más alto, y allí se detuvo, sorprendido, al encontrarse a una solitaria cría de dragón que no alcanzaba el metro de largo.

Toante ya sabía que había dragones en las cumbres de las montañas, más arriba de lo que él había sido capaz de llegar jamás; los había visto alguna vez, aunque a tanta distancia que quizá no fuesen más que unas águilas, pero nunca se había acercado a ninguno, y ahora observaba con gran interés y emoción aquel dragón tan pequeño que había en la cornisa.

Toante vio enseguida que la criatura estaba débil, como por falta de comida y agua, y se percató de que debía de haberse caído o haber descendido por aquel cortado desde algún lugar mucho más alto.

Con delicadeza, Toante cogió al pequeño dragón en sus brazos y lo bajó de la montaña hasta llegar a un arroyo. Allí dejó que bebiese y lo alimentó con fruta y con hierbas, hasta que dio la sensación de que se estaba recuperando de su debilidad.

Se imaginaba que el dragón echaría a volar en busca de su madre, pero, en cambio, cuando Toante se levantó para marcharse a casa, la criatura salió detrás de él. Y cada vez que se detenía, el dragón le restregaba la cabeza contra las piernas y bufaba con un sonido que casi podría haber sido un ronroneo.

Toante se llevó consigo al dragón todo el camino de vuelta hasta su casa y lo acomodó en su propia cama, en la pequeña cueva excavada en la roca contra la que estaba construida la humilde morada de su padre, con piedra basta y madera.

El pastor y sus hijos mayores quisieron matar al dragón de inmediato, pero Toante les suplicó que no lo hicieran:

—Habría muerto si lo hubiese dejado en aquella cornisa —les dijo—. Y cuando lo bajé y le di de comer, me siguió por su propia voluntad. Lo tendré en mi cueva y lo alimentaré. No hace ningún daño, y solo come hierbas y fruta.

—Será distinto cuando crezca y alcance su tamaño de adulto —le avisó el pastor—. Entonces se llevará nuestros corderos, y después las ovejas.

Aun así, el pastor no era un hombre cruel, y finalmente permitió que Toante se quedara con su extraña mascota, «al menos por un tiempo».

Y así fue. Toante mantuvo al pequeño dragón en su cueva y lo alimentó y cuidó. Durante el día, cada vez que Toante se marchaba, el dragón lo seguía; y, por la noche, dormían en la misma cama, ya que aquel tipo de dragón no exhalaba fuego.

Sin embargo, el dragón creció muy rápido, y a Toante le costaba cada vez más y más recoger las suficientes hierbas y frutas para satisfacerlo. Aun así, cada noche compartían los dos el cuenco de vino de Toante y caían en un sueño profundo en la cama de aquella cueva.

El pastor, sin embargo, parecía preocupado.

—Ese dragón no tardará en volverse peligroso —dijo a los demás pastores un día en que se sentaron a la sombra del gran roble de la aldea, mientras se tomaban unos sorbos del orujo que destilaban de los hollejos y las semillas de las uvas que quedaban después de hacer el vino.

A continuación, todos se pusieron a contar historias terribles sobre dragones que habían descendido de las montañas y devorado rebaños enteros de ovejas, cuando no al propio pastor, sin dejar el menor rastro.

No tardaron en decidir que debían librarse de aquel dragón. El pastor sabía que su hijo Toante se quedaría abatido si mataban a la criatura, así que ideó un plan que sus amigos aceptaron a regañadientes.

Una noche, mezclaron un potente licor con el vino que Toante y el dragón se tomaban antes de irse a la cama, de tal manera que los dos cayesen en un profundo sueño y nada los despertase.

Después, el pastor y sus amigos agarraron la cama con Toante y el dragón y se la llevaron a una ladera pedregosa y lejana. Allí dejaron al animal y se trajeron a Toante de regreso a su cueva, todavía dormido.

A la mañana siguiente, Toante buscó en vano a su dragón, y se quedó muy triste y preocupado por su pérdida.

—Le había llegado el momento de buscar a los suyos — dijo el pastor—. No hay ninguna criatura salvaje que se vaya a quedar con nosotros mucho tiempo. No te entristezcas, es mejor así. Pero imagínatelo con su pareja y sus crías de dragón, feliz en una cueva cerca de las cumbres de montañas que ningún hombre podría escalar.

Y así, Toante no fue en busca del dragón, y con el tiempo superó su dolor por la pérdida de su inusual compañero, y trabó amistad con otras criaturas más habituales.

Sin embargo, unos años más tarde, cuando ya era casi un hombre adulto, resultó que Toante se fue de viaje por las montañas con un cargamento de lana para venderlo en una de las pequeñas aldeas de la costa de Arcadia.

En un solitario paso de montaña, lo atacó una banda de ladrones que no solo se llevaron la lana, sino que también lo apalearon con gran crueldad.

En parte por el dolor y en parte por si pudiera haber cerca alguna clase de auxilio, Toante gritó pidiendo ayuda con todas sus fuerzas.

Los dragones pueden ver más lejos y oír con mayor nitidez que cualquier otra criatura, y entonces, en su cueva de las cumbres de las montañas más altas, el dragón oyó y reconoció la voz de su antiguo amigo.

Y así descendió como una nube tormentosa, bufando y rugiendo tan terriblemente que los ladrones salieron huyendo despavoridos... para acabar cayendo uno tras otro bajo las garras del dragón.

Cuando todos habían muerto, el dragón regresó al lugar donde el hijo del pastor yacía inconsciente. Con mucha delicadeza, lo recogió y se lo llevó a su cueva de las montañas, donde Toante permaneció varios días mientras

el gran dragón le traía comida y le lavaba las heridas, hasta que se recuperó del ataque de los ladrones.

Un día, el dragón tomó una vez más a Toante entre sus poderosas garras y se lo llevó, cruzando cumbres y valles, hasta aquella misma ladera donde los pastores lo habían abandonado a él.

Allí lo dejó, y Toante regresó caminando y a salvo hasta su aldea, donde contó el extraño relato del dragón que no había olvidado a un viejo amigo y acudió a salvarlo de un peligro mortal, sin guardar resentimiento por que lo hubieran abandonado en una ladera desierta.